

Subversiones de la literatura testimonial centroamericana: *Noviembre* de Jorge Galán

*El escritor salvadoreño Jorge Galán en la novela *Noviembre* (2015) aborda el asesinato de seis jesuitas, un hecho que definió la historia reciente de El Salvador. En un marco amplio, la novela puede inscribirse en la llamada literatura testimonial, que, en el contexto centroamericano, durante las décadas de los años setenta y ochenta, se convirtió en un género canónico. No obstante, la novela de Galán subvierte las convenciones genéricas de este repertorio tanto en su forma como en su finalidad. Desde esta perspectiva se analizará cómo la forma y el propósito de esta novela amplían las posibilidades de la literatura testimonial. *Noviembre* amalgama una diversidad de estrategias propias de géneros de escritura referencial con estrategias plenamente literarias para constituirse como una expresión de literatura de lo real.*

Palabras clave: *narrativa testimonial, literatura de lo real, literatura centroamericana*

*The assassination of six Jesuit priests in San Salvador, El Salvador, a landmark event for the recent history of that country, is the main topic of the novel *Noviembre* (2015), by the Salvadoran Jorge Galán. This novel can be considered an example of testimonial literature, a very important genre in Central America, especially during the 70s and 80s. Galán's novel, however, subverts the form and final objective conventions of this genre. This essay analyzes the novel's form and purpose, aspects that enrich the possibilities for the study of testimonial literature. *Noviembre* combines nonfiction and non-fiction strategies in order to become an example of what Jablonka calls "writing about the real."*

Keywords: *testimonial narrative, literature of the real, Central American literature*

En la novela *Noviembre* (2015), el escritor Jorge Galán aborda el asesinato de seis jesuitas por parte de las fuerzas armadas, un hecho que definió la historia reciente de El Salvador. La noche del 16 de noviembre de 1989 varios

integrantes del batallón Atlacatl ingresaron en la casa de los jesuitas para ejecutarlos y montar un escenario para inculpar al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Esa noche, ejecutaron a los sacerdotes jesuitas Ignacio Ellacuría, Joaquín López y López, Juan Ramón Moreno, Segundo Montes, Ignacio Martín-Baró, Armando López, así como a la señora Elba Ramos, empleada doméstica, y a Celina, su hija.

Ese noviembre es recordado como uno de los meses más convulsos en el marco de la larga guerra civil salvadoreña, iniciada en 1980 y que terminaría en 1992 con la firma de los Acuerdos de Paz de Chapultepec. Si bien el conflicto había iniciado casi una década antes, la mayor parte de los enfrentamientos entre el ejército y la guerrilla habían sucedido principalmente en zonas rurales sin llegar hasta la ciudad. Con el inicio de la llamada Ofensiva Final del FMLN, los frentes de batalla se extendieron en todo el territorio nacional, alcanzando la capital salvadoreña. En medio del caos que imperaba en la ciudad, el batallón Atlacatl ingresó en aquella casa para ejecutar a los jesuitas. Los perpetradores intentaron pasar desapercibidos para inculpar a la guerrilla. No obstante, la misma mañana del 17 de noviembre, José María Tojeira, Provincial de los Jesuitas para Centroamérica, ya sabía de la participación del ejército gracias al testimonio de Lucía Cerna. Así se lo informó al Arzobispo de El Salvador, Arturo Rivera y Damas, y a la prensa internacional, resguardando la identidad de la testigo.

Jorge Galán tenía para entonces 16 años, y estaba a pocos años de matricularse en la Universidad Centroamericana Siméon Cañas (UCA) y de convertirse en uno de los poetas más reconocidos de El Salvador. Ese adolescente tuvo noticia del crimen tiempo después, cuando el juicio de los responsables fue transmitido por televisión, transformándose en un fenómeno mediático. Solo hasta que pasaron varios años se preguntó por qué esos sacerdotes españoles habían llegado a dar su vida por aquel país centroamericano. Escribió *Noviembre* esencialmente para responder esa pregunta. Como estudiante de la UCA, conocía a muchas personas que habían tenido relación con los jesuitas asesinados. Inició una investigación, recogió el testimonio de muchas personas involucradas y consultó archivos, documentos y material audiovisual, así como resultados de trabajos sobre dicho crimen publicados en los libros *Una muerte anunciada en El Salvador* (1995), de Pedro Armada y Marta Doggett, y *Pagando el precio* (1998), de Teresa Whitfield.

Galán estructura la novela a partir de los testimonios de personas reales (José María Tojeira, Jon Sobrino, Alfredo Cristiani, Francisco Andrés Escobar), de personas a quienes decidió cambiarles el nombre para conservar su anonimato (Sara, mamá de un miembro del batallón Atlacatl, y Miguel, amigo del narrador) y del mismo narrador. En muchas partes del

texto recurre a la ficción para reconstruir hechos, recrear espacios o ahondar en los sentimientos y emociones de los involucrados. Una muestra de ello son los primeros párrafos en los que recrea el momento en el que un joven Ellacuría se ofrecía como voluntario para viajar a Centroamérica: “Esta historia debería empezar en 1950, cuando un hombre en un aula poco iluminada preguntó si alguien quería ofrecerse como voluntarios a América ... Aquella mañana, pese a la fascinación de todos los jóvenes, sólo uno de ellos levantó su mano. Poco después, con una alegría creciente y genuina, empezó un largo viaje hacia el otro lado del océano” (Galán 7).

Empleando un conjunto de recursos literarios, con una prosa clara, casi poética, así como recursos periodísticos, sociológicos e históricos, el autor reconstruye desde múltiples ángulos el acontecer de la Ofensiva Final en la ciudad, los hechos de los días previos al multihomicidio, la forma en la que el batallón Atlacatl preparó el plan, así como el difícil y, a veces, temerario proceso emprendido por el sacerdote Tojeira para denunciar al ejército, aclarar la verdad sobre los hechos, llevar a juicio a los culpables materiales e identificar a los actores intelectuales del crimen. En paralelo a estas líneas argumentales, Galán intercala diversas historias y perspectivas tanto de la guerra como de la Ofensiva Final con el fin de ampliar y descubrir, por una parte, la red de relaciones e intereses políticos e ideológicos coludidos para imponer la versión oficial de que la guerrilla había sido la responsable del atentado y, por otra, para dar constancia de las décadas de desigualdad social e injusticia padecidas por el pueblo salvadoreño.

Basada sustancialmente en los testimonios de testigos y protagonistas, en un marco amplio, la novela puede inscribirse en el ámbito de la llamada literatura testimonial que, en el contexto centroamericano, durante las décadas de los años setenta y ochenta, alcanzó la condición de género canónico (Mackenbach 413-16). No obstante, la novela de Galán, como veremos, subvierte las convenciones genéricas de este repertorio tanto en su forma como en su finalidad. *Noviembre* no es la literatura emancipadora, la novela del subalterno asociada a la idea de lo revolucionario; tampoco, en cuanto a su finalidad, coincide con el repertorio canonizado ya que trata no solo de combatir el olvido o las versiones oficiales, sino de humanizar la historia.

Desde esta perspectiva, los aspectos formales con los que Galán aborda la realidad salvadoreña y los propósitos que persigue para hacerlo, amplían el repertorio de la narrativa testimonial que había sido controlado ideológicamente y canonizado por la izquierda latinoamericana. Para lograrlo, Galán amalgama estrategias propias de géneros de escritura “científica” referencial (distancia, investigación, comparación, enunciado de verdad) con recursos literarios (ficción, intriga, forma, suspenso, lenguaje

figurado) con lo que constituye una expresión de lo que el historiador Ivan Jablonka ha denominado “literatura de lo real” (18-21). Otra cualidad de la novela, como veremos, deriva del llamado “uso ejemplar de la memoria” (Todorov 29-33). Una de las formas de resistencia de la narrativa testimonial, de hecho, su particularidad esencial, es la recuperación de la memoria colectiva para combatir el olvido, sobre el cual los regímenes totalitarios y tiránicos trabajan y controlan afanosamente para instituirlo. No obstante, cabe advertir, el abuso de la memoria puede resultar contraproducente cuando alienta sentimientos de venganza, resentimiento, odio, xenofobia, al margen del debido proceso judicial, como lo han resaltado Tzvetan Todorov (2000), David Rieff (2017) y Rob Riemen (2017). La finalidad de conservar la memoria puede estar orientada por un uso literal del pasado o por un uso ejemplar del mismo (Todorov 29-33). El uso literal se ancla en el pasado, mientras que el uso ejemplar contribuye a comprender el presente. En este sentido, proponemos que Jorge Galán en *Noviembre* aprovecha “las lecciones de las injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy” (Todorov 32).

EL TESTIMONIO EN LA LITERATURA CENTROAMERICANA

La crítica, en mayor o menor medida, coincide en que, a partir de la década de los noventa, el repertorio de la narrativa testimonial en Centroamérica se transformó y diversificó. Aunque el debate sobre su definición es de esperarse, puede reconocerse que durante un tiempo este tipo de literatura se caracterizaba por ser narrada

(oral o escrituralmente) por un sobreviviente, una persona que tiene la posibilidad de contar el horror que ha vivido y al que ha sobrevivido. No se trata de un testigo en tercera persona, sino alguien que ha experimentado [sic] en carne propia lo que cuenta, y que en dicha experiencia traumática ha perdido amigos, familiares y personas con las que compartió la violencia, la opresión y la tortura, de manera que estar vivo para contarlo es una (enorme) posibilidad, que hace de quienes se deciden a hablar ‘historiadores combativos’, como les llama Primo Levy [sic]. (Rodríguez Freire 123)

Otro rasgo institucionalizado de la literatura testimonial fue la vocación por la búsqueda de la verdad y la denuncia de los abusos y la opresión cometidos en contra de individuos o colectivos. El contexto y el lugar en el que se consolidó el género fue determinante en la impronta política e ideológica que lo definió: la Revolución cubana y las luchas populares en Latinoamérica. Si bien, textos de carácter testimonial, tales como *Juan Pérez Jolote. Biografía de un tzotzil* (1948), del antropólogo Ricardo Pozas, *Operación masacre* (1957), del escritor Rodolfo Walsh o *Los hijos de Sánchez*

(1961), del antropólogo Oscar Lewis, fueron publicados antes de la entrega del primer Premio Casa de las Américas en la categoría de Testimonio en 1970, fue con este proyecto político y cultural de la Revolución cubana que el testimonio se incorporó como un repertorio más de la literatura. Esto generó en torno al testimonio una interesante reflexión que cuestionó nociones literarias sustanciales de la época y que perduró hasta finales del siglo XX. El trabajo teórico se rigió por criterios que marcaron la subsiguiente valoración e interpretación de obras del pasado para la constitución de una tradición e influyó la producción de obras posteriores. Para Victoria García,

la institucionalización del testimonio tendía a establecer que el escritor no solo debía ser intelectual sino además tenía que ‘estar allí’, ser partícipe del proceso socio-político latinoamericano. Este punto es central, porque da cuenta de la radicalización política de los escritores en los 60 y, en particular, expone el desplazamiento del modelo del escritor-intelectual comprometido al del intelectual revolucionario, sin cuya consideración no se comprende el contexto en que surge el testimonio como género literario. (Peris Blanes, “El Premio” 197)

El conjunto de elementos que configuraron el repertorio (forma, tema, finalidad) y al productor (compromiso, testigo, protagonista) de literatura testimonial se modificaron conforme al contexto histórico. Los hechos que en los noventa dieron paso a esta variante del género son diversos, pero entre los político-históricos está el fin de la guerra fría, la desintegración de la Unión Soviética, la firma de acuerdos de paz en Guatemala y El Salvador, la derrota del sandinismo en las urnas, así como la realización de elecciones democráticas sin la intervención militar. Socialmente este entorno mundial y regional atenuó la polaridad ideológica que durante décadas había orientado la actividad política y revolucionaria de las naciones centroamericanas, que había provocado confrontaciones armadas alimentadas por la intervención directa e indirecta de otras potencias. Además, mermó la fuerza de las ideas de emancipación para establecer más bien una mirada desesperanzada sobre el destino de estas naciones. La literatura testimonial, institucionalizada principalmente por los gobiernos castrista y sandinista, sufrió cuestionamientos que desacreditaron su capacidad de representación, así como su pretensión de verdad y de liberación.

Verónica Rueda Estrada y Juan Carlos Vázquez Medeles hacen notar que, en el caso de Nicaragua, el paradigma revolucionario sandinista hizo del testimonio un instrumento de propaganda ideológica que marginó el testimonio de otros subalternos y marginales ligados a la Contra (464-65). Además, a partir de los noventas, varios sandinistas como Ernesto Cardenal,

Sergio Ramírez y Gioconda Belli recurrieron al modelo de la “memoria” para hacer una valoración de su experiencia durante la revolución y del gobierno sandinista:

La decisión de los autores de usar el concepto de memoria, y no el de autobiografía y/o testimonio en el título de sus libros responde a los cambios en las perspectivas literarias-culturales e incluso políticas de los autores ... Los autores referidos tienen un acercamiento teórico, profesional, militante y personal con la producción y desarrollo de las obras testimoniales, por lo que se distanciaron del término, el cual está estrechamente relacionado con los movimientos de izquierda de los años sesenta, setenta y ochenta, un periodo “superado” por ellos. (Rueda y Vázquez 476)

Para los años ochenta, el testimonio era la expresión más visible de la literatura centroamericana, cuyos rasgos definitorios se limitaban a la idea de la representatividad de un sujeto o colectivo subalterno, la sustitución de la figura del autor individual por la coautoría, la postura anticanónica o antiliteraria (Mackebach 2015), la pretensión de ser portadora de un discurso emancipador (Fornet 2015) y la vocación por la búsqueda de la verdad para denunciar (García 2015).

El testimonio durante este periodo pasó de representar experiencias de resistencia y de ser en sí mismo una estrategia de resistencia, a ser un modelo canonizado en detrimento de otras expresiones:

Esta nueva lectura crítica del testimonio centroamericano demuestra que la canonización llevada a cabo en el seno del discurso literario de los años setenta y ochenta no hace justicia a la diversidad ni a las contradicciones de la literatura testimonial centroamericana y que resultó en una ‘memoria’ excluyente que marginó las producciones testimoniales que no correspondieron a las premisas dogmáticas del discurso sobre el testimonio. Al mismo tiempo indica que a finales de los ochenta y principios de los noventa tuvo lugar un cambio de paradigma. Nuevas preguntas han surgido y las viejas preguntas nos exigen nuevas respuestas en lo que respecta a la relación entre realidad extraliteraria y mundos literarios, con respecto a la apropiación de realidad y su representación o presentación narrativas. (Mackebach 420)

Ante el agotamiento o el desfase histórico de una manera de elaborar y presentar el discurso testimonial, el “cambio de paradigma” que tuvo lugar en los repertorios del testimonio centroamericano tiende a ubicarse en otros sujetos (memorias contrarrevolucionarias o de delatores), el uso paródico o irónico y, sobre todo, en la recuperación de la “literariedad” (Mackebach 423). Mackebach propone que ante este tipo de discurso “el análisis del testimonio debe operar con categorías de la historia y la ciencia literaria” (423). Y en esta misma línea, Ivan Jablonka habla de formas

literarias que “son igualmente historiadoras, sociológicas, antropológicas” (325). Esta literatura “no se define por su objeto (los hechos) ni por su falta (la no ficción), sino por su deseo de comprensión, su potencialidad explicativa” (Jablonka 324).

En el caso de la literatura salvadoreña, desde los noventa hasta nuestros días, han sido publicadas obras que, en cuanto a técnicas y abordaje de los testimonios, se inscriben dentro de los parámetros canonizados, tal es el caso del libro de Iosu Perales y Claudia Sánchez, *Ana María, combatiente de la vida* (2012). Entre las formas emergentes se pueden reconocer los usos paródicos o irónicos en la novela *Insensatez* (2004), de Horacio Castellanos Moya, y las autobiografías de personajes públicos, conocidas como “memorias”, como el libro de Salvador Sánchez Cerón, *Con sueños se escribe la vida: Autobiografía de un revolucionario salvadoreño* (2009), exdirigente del FMLN y expresidente de El Salvador. Y, en este horizonte, publicaciones como *Noviembre*, de Jorge Galán, representan otra subversión del género.

NOVIEMBRE: LITERATURA DE LO REAL

En la novela de Galán, junto a recursos literarios como la ficción, la metáfora y el estilo poético, reconocemos herramientas metodológicas de las ciencias sociales e históricas necesarias para la recopilación, clasificación e interpretación de la información. A este tipo de conjunciones es a la que se refiere Ivan Jablonka:

La escritura de la historia no es una mera técnica (anuncio del plan, citas, notas a pie de página), sino una elección. El investigador se encuentra frente a una posibilidad de escritura. De manera recíproca, una posibilidad de conocimiento se ofrece al escritor: la literatura está dotada de una aptitud histórica, sociológica, antropológica. (11)

Jablonka denomina a esta posibilidad del discurso que aúna literatura y ciencias sociales la “Literatura de lo Real”, aunque, lejos de ser una novedad, ha estado presente en cuadernos de viaje, historias de vida, autobiografías, testimonios, novelas históricas, entre otros, que constituyen una gama de expresiones poco atendida tanto en los estudios literarios como en los historiográficos a partir del siglo XIX. No tiene que ver con la concepción anglosajona de la *non-fiction*, puesto que no “sólo informa hechos; los explica por medio de herramientas de inteligibilidad” y el “conocimiento que produce trasciende el simple relato ‘fáctico’” (Jablonka 21). No obstante, fue a partir de la segunda mitad del siglo XX que la historia, el testimonio y la narrativa cobraron una nueva dimensión.

La novela está dividida en “siete partes”, cada una de ellas con un número variable de capítulos, así como un prólogo titulado “Inicio” y un

“Epílogo”. Esta precisión formal importa, puesto que descubre los elementos literarios e históricos del texto. Las partes representan la mirada de distintas personas que vivieron, intervinieron o vieron los hechos ocurridos alrededor de la medianoche del 16 de noviembre. Cada sección marca el ritmo literario para sostener, por un lado, la intriga sobre la campaña que decidió seguir el gobierno salvadoreño, con la complicidad del gobierno estadounidense y la solidaridad del Vaticano, para incriminar a la guerrilla; y, por otro, el desarrollo de las pesquisas llevadas a cabo por los propios jesuitas hasta el juicio de los autores materiales que se convirtió en un espectáculo mediático.

Las siete partes de la novela corresponden con el testimonio de cada uno de los implicados directos e indirectos en los hechos tales como José María Tojeira y Jon Sobrino (sacerdotes), Miguel (adolescente), Juan (soldado), Sara (madre de familia), Alfredo Cristiani (expresidente del país), Francisco Andrés Escobar (escritor y profesor de la UCA) y el propio narrador. Cabe mencionar que entre estos testimonios no hay ninguno que recupere la versión de la guerrilla. Ninguna voz ni siquiera una reconstrucción o mención por parte del narrador que alumbre este ángulo de la historia, pese a que Ellacuría mantenía una relación con la guerrilla, que probablemente era amigo de algunos mandos y que los inculpados por el gobierno, en un principio, fueron ellos. No sabemos cuál fue la postura del FMLN ante el asesinato ni ante un posible acuerdo de paz.

A pesar de esta sensible ausencia, la multiplicidad de voces y perspectivas, lugares y tiempos se entretajan para captar la complejidad del hecho, ubicándolo en contextos vividos desde particulares lugares de enunciación caracterizados por la posición geográfica, social, política, ideológica, económica, mental y emocional de los testimoniantes. Los testimonios de los sacerdotes José María Tojeira y Jon Sobrino, sobrevivientes de la masacre, resultan centrales para la novela. Tojeira, al incriminar a los militares y exigir justicia para sus hermanos, expone las presiones que padeció por parte del gobierno, de los funcionarios de la embajada de los EE.UU. y del Vaticano. Mientras que Jon Sobrino, quien se enteró de la trágica noticia estando en el extranjero, delinea el perfil espiritual e intelectual de Ignacio Ellacuría como un sacerdote comprometido con la paz. Por su parte, Alfredo Cristiani, como expresidente, plantea que el crimen fue resultado de insubordinaciones y conspiraciones de altos mandos del ejército y del gobierno. Desde la perspectiva militar, Juan, exmiembro del batallón Atlacatl, describe su participación en el operativo; mientras que Sara hace lo propio desde su condición de madre del único hijo que, en lugar de migrar hacia los EEUU, decide enlistarse en el ejército para terminar siendo miembro del selecto

batallón Atlacatl. Desde el ámbito de la vida cotidiana, Miguel representa la visión del joven que mira con fascinación los bombardeos durante la Ofensiva Final, hasta que la pérdida de un familiar le deja imborrables secuelas psíquicas y le hace comprender el verdadero sinsentido de la guerra. Con este conjunto de voces se construye un caleidoscopio de aquella noche.

Además, la última parte de la novela incluye las versiones del profesor-escritor, Francisco Andrés Escobar, y del narrador. El “Epílogo” interesa porque contiene dos de las intenciones fundamentales de la novela: el propósito de no olvidar y para qué hacerlo. El profesor y el alumno (el narrador principal) recuerdan la masacre de los jesuitas cuando han pasado unos cuantos años y se han firmado los Acuerdos de Paz. Desean que se haga justicia, ya que solo habían sido juzgados los autores materiales, los soldados “que no podían decir que no”, sin que ninguno de los mandos del Estado Mayor Presidencial, los autores intelectuales del crimen, fueran implicados en el caso (Galán 251). Pese a las solicitudes de extradición por parte de la Audiencia Nacional de España, que inició una investigación en 2009, la autoridad salvadoreña se negó a entregar a los militares sin que se haya castigado a alguno de ellos (252). Ni siquiera los acuerdos de paz pudieron traer consigo algún “tipo de justicia” (252).

Profesor y alumno abordan la guerra civil salvadoreña sin el maniqueísmo ni el matiz ideológico que marcó el conflicto armado durante los años setenta y ochenta. Las masacres fueron “ejecutadas por ambos mandos” (252) y entienden que, como lo ejemplifica el caso de Juan, para miles de jóvenes salvadoreños las opciones de vida quedaban reducidas a migrar hacia los EE.UU. en busca de mejores condiciones de vida o quedarse en el país para labrar el campo como sus antepasados o enlistarse en la milicia o la guerrilla. Por último, sobre la finalidad de escribir sobre este trágico episodio, expresan su intención de conocer las razones por las cuales un grupo de sacerdotes extranjeros decidieron permanecer en el país pese a las condiciones sociales tan adversas y a las amenazas de muerte.

El encuentro entre el narrador y su antiguo profesor sucede en 1993 en las instalaciones de la Universidad Centroamericana. Al evocar la vida de los sacerdotes, surge la inquietud de escribir sobre su compromiso con los pobres y cómo fue interrumpido tras su ejecución. Tal intención orilla a reconocer en el “Epílogo” la génesis de la novela, un cierre que devela un inicio configurando un manejo circular del tiempo cuyo vértice es el mes de noviembre de 1989.

En el “Epílogo”, el tiempo de la historia orbita alrededor de los sucesos del 16 de noviembre con constantes analepsis, tal como ocurre frecuentemente a lo largo de la novela. Dichas retrospectivas, tanto de

hechos históricos como de aspectos biográficos, se yuxtaponen con las vueltas a la crónica de los días o las horas anteriores y posteriores al asesinato. Esta estrategia del tiempo del relato se manifiesta desde el principio hasta el final de la novela. La primera línea del “Inicio” plantea de forma condicional en qué punto comenzar: “Esta historia debería empezar en 1950” (Galán 7), dice el narrador, cuando Ignacio Ellacuría, como seminarista jesuita, levanta la mano para apuntarse como voluntario para viajar a El Salvador. Esa primera línea se enlaza con el “Epílogo”, en específico, con las palabras del profesor cuando sostiene que “esta historia no comienza con la ofensiva, ni en 1989, ni con la muerte de Romero ni con la de Rutilio. Sinceramente, esta historia debería empezar en 1950” (254).

Si la plática con el profesor resulta determinante para la escritura de la novela, la visita del joven narrador a la Sala Memorial de los Mártires, ubicada en las mismas instalaciones de la universidad, además de dejar en él una honda huella emocional, influye claramente en la estructura de la obra:

No había nadie en la sala, a pesar de que era 16 de noviembre ... Lo que se exponía eran las pertenencias de los padres jesuitas y también de monseñor Romero, Rutilio Grande y de las monjas estadounidenses que fueron asesinadas por el ejército a inicios de los 80. A través del cristal observé un albornoz café con una costra de sangre seca semejante a un mapa, unas sandalias, también con rastros de sangre, camisas rotas por las balas, cuadernos, una Biblia, algunos juguetes, revistas que hablaban del Athletic de Bilbao, camisetas sucias, cinturones, sobre de cartas, y en todo lo que veía podía notar los rasgos de una vida sin lujos, y, en ocasiones, incluso sumida en la pobreza. Pensé que aquellas personas se habían quedado y no logré comprender la razón por la que lo hicieron. Me parecieron buenas personas. Me refiero a que no podía pensar de otra manera. Notables. Simples. Que solían reír. Me pregunté si yo hubiera permanecido en mi país bajo esas circunstancias y me di cuenta de que cualquier cosa que pudiera responderme sería una mentira.

Recorrí todo el salón antes de encontrarme con una mesa sobre la cual descansaba un álbum de fotografías. Lo abrí y me encontré las imágenes de los cuerpos de los jesuitas ... Las escenas eran terribles. Tanto que casi podía sentir el olor de la sangre. O podía sentirlo pero lo que no podía creer es que fuera posible. (253)

El museo, ubicado en el Centro Monseñor Romero, como un dispositivo contra el olvido, reúne pertenencias y reliquias de los sacerdotes asesinados. Como se aprecia en la descripción del lugar, cada uno de los objetos personales (sandalias, camisas, revistas, cartas, fotos) son a su vez

documentos, testimonios no escritos de los aspectos que llaman la atención del narrador y serán determinantes en la constitución de la novela.

Entre la novela y el relicario expuesto en el museo existe una clara correlación temática y estructural. Los objetos de los sacerdotes exhibidos son indicios que humanizan a las víctimas (su estilo de vida austero, sus aficiones deportivas) mientras que el registro fotográfico de los cuerpos expone la barbarie cometida. Así, todos los capítulos incluyen analepsis biográficas de los jesuitas asesinados, indicando su fecha y lugar de nacimiento, la edad a la que ingresó a la Compañía de Jesús, los estudios realizados y la época en la que se establecieron en El Salvador. Además, tanto en la novela como en la curaduría del museo, se hace un recuento de los crímenes y de las masacres cometidas por el ejército en décadas anteriores.

Incluso cada sección replica esta manera de entretener hechos y tiempos con la intención de relacionar el pasado con el presente para explicar que la grave situación del país se debe a la desigualdad histórica y a la violencia sistemática ejercida por el estado. Bajo esta lógica, cobra sentido que Galán haga mención de los genocidios de 1932, Sampul (1980), Mozote (1981) y durante el velorio de Óscar Romero, entre otros; así como a los crímenes cometidos por la Guardia Nacional en contra de cuatro monjas estadounidenses en 1980, del jesuita Rutilio Grande en marzo de 1977 o de Monseñor Óscar Romero el 24 de marzo de 1980.

Galán relaciona lo sucedido aquella noche de noviembre con el contexto histórico. Las alusiones al pasado le permiten trazar la historia de vínculos entre los sacerdotes que denunciaron la desigualdad, la injusticia y la impunidad del país. Lo muestra cuando establece una línea de continuidad de afinidades, compromisos, influencias y preocupaciones entre Rutilio Grande, Óscar Romero e Ignacio Ellacuría, tres religiosos asesinados en distintos momentos por los militares.

El nombramiento de Óscar Romero como arzobispo de El Salvador, en febrero de 1977, había sido tomado con reservas por parte de un sector de la curia y la feligresía, dado su carácter débil o manipulable y, sobre todo, por las relaciones que mantenía con miembros del gobierno, el ejército, las clases altas y los latifundistas salvadoreños. En la novela, Galán retoma un hecho coyuntural que provocaría un cambio radical en la postura de Romero respecto a los problemas sociales y los abusos de los militares. A los pocos meses de su nombramiento, el jesuita Rutilio Grande fue asesinado por la Guardia Nacional con 18 impactos de bala, un crimen que conmocionaría al país. A partir de entonces, Romero, en sus apariciones públicas, no dejó de denunciar las injusticias cometidas por los militares. Su voz, retransmitida por la radio, era escuchada tanto a nivel nacional como

internacional. En el mismo velorio de Rutilio Grande, Romero había pronunciado un enérgico “ya basta” que marcaría el inicio de su defensa por los derechos de los salvadoreños. Desde entonces, para Ellacuría la actitud de Romero ante los atropellos cometidos por los militares terminaría siendo ejemplar en su propia vida. Tal cambio en su actitud estrechó la relación que antes había sido más bien distante; incluso Ellacuría llegó a considerar a Romero una inspiración, un “ideal espiritual” (Galán 191).

La diversidad de lugares de enunciación de los testimoniados, así como las constantes alusiones a las implicaciones del pasado en el presente de lo narrado, acentúan los lazos y la cercanía que tienen unos con otros en una guerra civil. Esta estrategia narrativa explicita los vínculos existentes, la mayoría de las veces insospechados, que existieron entre civiles, sacerdotes, campesinos, militares, políticos, jóvenes o intelectuales, entre otros actores sociales. En otros casos más dramáticos, este conjunto de experiencias muestra la cercanía y el contacto directo e indirecto de verdugos y víctimas, tal como es el caso de Óscar Romero, Sara, Segundo Montes y Juan. Con esta estrategia Galán demuestra que las distancias espaciales y temporales son aparentes o mínimas en un conflicto armado civil.

El mediador del testimonio se distingue porque ordena y estructura los testimonios, y enriquece el relato al evocar episodios históricos producto de la investigación documental. Asimismo, el narrador, en unos cuantos pasajes, manifiesta su presencia, de forma discreta, en el diálogo con el fin de valorar una situación, profundizar en la emoción de lo vivido, el sentimiento sentido o para reflexionar sobre las consecuencias de las decisiones tomadas ante ciertos dilemas. Por ejemplo, la “conmoción” de Tojeira al escuchar la confidencia del embajador estadounidense sobre la participación de una unidad del ejército que ellos no controlaban (Galán 99); en cómo el FBI secuestró y obligó a cambiar la versión de los hechos a la única testigo del crimen (118); la angustia y el arrepentimiento de Juan (146); la decisión de Ellacuría de permanecer en el país (203); o la explicación de los motivos para efectuar tan cobarde acto (240). Las intervenciones del narrador son escasas y normalmente enfatizan algún aspecto.

Noviembre rechaza presentarse como un discurso portador de la verdad. Más bien, intenta entender por qué los jesuitas españoles permanecieron en el país pese a la conflagración y la represión. Si bien su propósito se aleja de la pretensión de verdad, sí trabaja con lo que Ivan Jablonka define como plausibilidad, una ficción de método común en el discurso fáctico y que consideramos resulta característica en la novela de Galán. Para explicar la plausibilidad, el historiador francés distingue entre la verosimilitud poética y la verosimilitud histórica:

El primero corresponde a una adhesión lúdico-estética ... Se trata de lo que se puede creer ... El segundo concierne a lo que no solo es posible sino además admisible, satisfactorio, habida cuenta del conjunto de nuestros conocimientos. En historia hay varios grados de verosimilitud: lo plausible es una posibilidad más sólida que las otras (o sea, la hipótesis que mejor ha resistido). (Jablonka 209)

La historia recurre a esta ficción de método cuando la información es escasa o es fragmentaria para explicar lo sucedido, lo que pudo haber sucedido o presumiblemente sucedió. De ahí que la plausibilidad o lo verosímil histórico “no es más que un escenario muy posible, una hipótesis no solo ceñida a la realidad, sino también tributaria de ella y regida por las fuentes de que disponemos; en otras palabras, una ficción apuntalada, visible y humilde” (211).

En la novela de Galán los testimonios, la información recabada, los documentos consultados y la disposición de la trama se orientan a “apuntalar” la posibilidad de que un grupo de militares con altos cargos ordenaron asesinar a Ignacio Ellacuría porque se vislumbraba como el mediador idóneo para lograr un acuerdo de paz entre el gobierno y la guerrilla. Este acuerdo de paz no les convenía a los militares ya que supondría la pérdida de millones de dólares que les eran otorgados por parte del gobierno estadounidense:

Ellacuría era un objetivo para los militares no porque fuera cercano a la izquierda sino porque ayudaba en el proceso de paz ... los militares se estaban haciendo ricos con la guerra y no querían que acabara. Recibían millón y medio de dólares al día sólo de los Estados Unidos. Y eso es mucho dinero. (Galán 82-83)

Un pasaje menciona que Ignacio Ellacuría y Fabio Castillo, ex rector de la Universidad de El Salvador, estaban en pláticas para impulsar el diálogo entre guerrilla y gobierno con el fin de establecer las condiciones para un acuerdo de paz (Galán 171). Jon Sobrino asegura que su correligionario “quería tender un puente entre ambos bandos” (213). Por su parte, Alfredo Cristiani declaraba que “habían acabado con una persona que tenía contactos obvios con el FMLN y, a nuestro criterio, cierta trascendencia, pues era muy respetado por la guerrilla ... era una persona clave para acercar posiciones” (216). Por último, reitera que “los militares no querían la paz. La paz significaba alejarse de muchos privilegios, dinero, poder, esas cosas. ¿No es ese un motivo más real que el odio?” (240).

Otro argumento plausible es la influencia que tuvo Óscar Romero sobre el compromiso de Ellacuría: “Romero era lo que debía alcanzar ... era el ideal espiritual, era Dios que pasó por su pueblo” (Galán 191). Y uno más es el que plantea que la decisión de asesinar a los jesuitas fue tomada por un grupo

sin el conocimiento del presidente y del embajador de EE.UU. Hubo “pláticas en grupos de oficiales que hablaron de golpes de estado” (217); y varios oficiales que pertenecían al grupo denominado “Tandona” fueron implicados en el caso en el informe elaborado por la Comisión de la Verdad. Sin embargo, no se les ha podido juzgar porque no “existían pruebas para la parte intelectual de los hechos” (220).

La literatura a través de distintos géneros, no solo del testimonial, se ha convertido en un medio para reflexionar sobre hechos históricos. En el caso de *Noviembre*, hemos visto que la plausibilidad como “ficción de método” (Jablonka 209), le ha permitido al escritor salvadoreño aportar elementos suficientes para alumbrar situaciones complejas durante la guerra civil como los motivos del asesinato, la vocación de los sacerdotes y la insubordinación militar. La combinación de realidad y ficción, investigación y representación, narración e historia, verosimilitud y plausibilidad, dotan a la novela de una “potencialidad cognitiva” indispensable para “hacer preguntas, formular hipótesis, movilizar conceptos, transmitir un saber” (Jablonka 218).

MEMORIA Y LITERATURA

La confluencia de procedimientos literarios en la escritura y de técnicas de investigación sociológicas sitúan a la novela de Galán en el umbral de la ficción y de la historia. Durante poco más de dos décadas, la literatura testimonial centroamericana estuvo íntimamente asociada a la idea de resistencia política. Ante el cambio geopolítico internacional, los acuerdos de paz y las elecciones democráticas, empezó a privilegiar las reivindicaciones de la memoria y a asumir otras formas y otros sujetos. Jaume Peris Blanes (2014) hace notar que el testimonio pasó de ser una herramienta de lucha política a ser una herramienta de reivindicación de la memoria. Este antes y después de Blanes desliga lo político de la memoria, como si la reconstrucción del pasado siempre fuera positiva y careciera de una dimensión política. Desestima la importancia y las repercusiones políticas e históricas que han tenido las reivindicaciones de la memoria.

En su libro *Elogio del olvido. Las paradojas de la memoria histórica* (2017), David Rieff advierte sobre los peligros que acompañan a las expresiones y las acciones para conservar la llamada memoria colectiva. Rieff deconstruye el valor pedagógico del pasado y advierte del daño que representa esclavizarse al pasado porque este sometimiento puede engendrar nuevos horrores, como sucedió con la construcción y conservación de la memoria en Irlanda del Norte o en los Balcanes. Citando a Pierre Nora, distingue que la “memoria inserta la rememoración en el seno de lo sagrado”, mientras que la historia, “siempre prosaica, la libera de

nuevo" (Rieff 115). Desde la segunda mitad del siglo XX la función esencial de la memoria colectiva se ha manipulado de tal forma para legitimar un criterio o un programa político y social particular, así como para deslegitimar los opositores ideológicos (83). Rieff insiste que la rememoración apela a la solidaridad por las emociones y la historia lo hace a la fidelidad de los hechos. De ahí que toda sociedad debe imponerse el deber de recordar siempre que "el recuerdo no engendre nuevos horrores" (124).

En este orden de ideas, Todorov, al hablar de los abusos de la memoria que en ocasiones engendran "nuevos horrores", distingue entre la lectura literal y la lectura ejemplar del pasado. En la lectura literal el pasado somete al presente, se le rinde culto o se le sacraliza y se centra en la experiencia del yo. La lectura ejemplar, en cambio, resulta lo más parecido a la justicia, puesto que es liberadora, influye de forma positiva en el presente y está centrada en la preocupación por el otro para evitar que injusticias del pasado sean sufridas por otros seres humanos en el presente (49).

En esta lectura ejemplar podemos ubicar la rememoración que elabora Galán de las vidas de los jesuitas que perdieron la vida en El Salvador. La novela como "literatura de lo real", es el resultado de un escritor que piensa como un investigador e intenta comprender y humanizar la historia sin menoscabar la autenticidad y veracidad. En una entrevista, Galán declaraba que no le "interesaba hablar sobre el asesinato. Lo que siempre quise fue contar una historia humana, auténtica, como los fueron estas personas" (Manrique). Un interés que coincide con la literatura testimonial de la premio Nobel de literatura, Svetlana Alexiévich, cuando afirma que su obra consiste en "disminuir la historia hasta que toma una dimensión humana" (Alexiévich 29).

La obra de Galán al ahondar en el pasado no aviva viejos rencores, sin embargo, no previó las consecuencias que tendría en su vida el revivir ese capítulo de la historia salvadoreña. Pensaba que en El Salvador había cambiado la situación política y el momento era propicio para contar literariamente una historia de este talante, que se extraería de su obra una lectura ejemplar. Pero la boca muda de una pistola se acercó a su persona para desmentirlo y expulsarlo de El Salvador. De esta manera, las primeras reacciones e impresiones respecto a la novela no vinieron de la crítica sino de un grupo criminal anónimo que amenazó de muerte al escritor. Por este motivo, Galán llegó a vivir separado de su familia, exiliado en España. Varios artistas y escritores firmaron un manifiesto de apoyo para el escritor salvadoreño con la expresa solicitud de que el gobierno salvadoreño velara por su seguridad e integridad.

Al recordar la vida y el crimen de los jesuitas, también expuso la lacerante impunidad que ha deformado la vida social en el país, en el que no se ha hecho justicia en cientos de casos pese a las evidencias que incriminan a los perpetradores. Otra consecuencia insospechada fue que su obra aportó nuevas evidencias del caso con el testimonio del expresidente Alfredo Cristiani, de tal forma que él y la información que recopiló en su investigación formó parte del proceso judicial que lleva la Audiencia Nacional de España desde el 2009.

Si bien Galán, como escritor, sobrestimó la situación política actual de El Salvador o subestimó las consecuencias sociales (la amenaza de muerte, el exilio, su comparecencia ante la audiencia Nacional de España), su novela, *Noviembre*, carece de tal candidez. Por el contrario, constituye una elocuente obra que recupera de forma ejemplar la memoria, no solo de la sociedad salvadoreña, sino también de los países latinoamericanos en donde la injusticia, la impunidad y la desigualdad social no pierden vigencia.

Universidad Iberoamericana Puebla

OBRAS CITADAS

- ALEXIÉVICH, SVETLANA. *Los muchachos de zinc. Voces soviéticas de la guerra de Afganistán*. Trad. Yulia Dobrovolskaia y Zahara García González. Ciudad de México: Debate, 2016.
- CASTELLANOS MOYA, HORACIO. *Insensatez*. México: Tusquets, 2004.
- GALÁN, JORGE. *Noviembre*. Ciudad de México: Planeta, 2015.
- JABLONKA, IVAN. *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. Trad. Horacio Pons. Buenos Aires: FCE, 2016.
- MACKENBACH, WERNER. "El testimonio contemporáneo entre la epopeya y la parodia." *Kamchatka. Avatares del testimonio en América Latina* (2015): 409-34.
- MANRIQUE SABOGAL, WINSTON. "Jorge Galán revela en 'Noviembre' la pieza clave del asesinato de los seis jesuitas en El Salvador." *W Magazine* 16 oct. 2016. S. pag. Web.
- PERALES, IOSU, Y CLAUDIA SÁNCHEZ. *Ana María, combatiente de la vida. Mérida Anaya Montes: salvadoreña, maestra, guerrillera*. El Salvador: Ocean Sur, 2012.
- PERIS BLANES, JAUME. "Literatura y testimonio: un debate." *Puentes de Crítica Literaria y Cultural* (2014): 10-17.
- . "El premio Testimonio de Casa de las Américas. Conversación cruzada con Jorge Fornet, Luisa Campuzano y Victoria García." *Kamchatka. Avatares del testimonio en América Latina* (2015, diciembre): 191-249.
- RIEFF, DAVID. *Elogio del olvido. Las paradojas de la memoria histórica*. Trad. Aurelio Major. Bogotá: Debate, 2017.

- RIEMEN, ROB. *Para combatir esta era. Consideraciones urgentes sobre el fascismo y el humanismo*. México: Taurus, 2017.
- RODRIGUEZ FREIRE, RAÚL. "Literatura y poder: Sobre la potencia del testimonio en América Latina." *Atenea* 501 (2010): 113-26.
- RUEDA-ESTRADA, VERÓNICA, Y JUAN CARLOS VÁZQUEZ-MEDELES. "Testimonio nicaragüense: de los Sandinistas a la inclusión de los Contras. Por una polémica memoria contrarrevolucionaria." *Kamchatka. Revista de Análisis cultural. Avatares del testimonio en América* (2015): 463-90.
- SÁNCHEZ CERÉN, SALVADOR. *Con sueños se escribe la vida: autobiografía de un revolucionario salvadoreño*. El Salvador: Ocen Sur, 2009.
- TODOROV, TZVETAN. *Los abusos de la memoria*. Trad. Miguel Salazar. Barcelona: Paidós Asterisco, 2000.